

Cuando los hombres fundan sus esperanzas en la riqueza y progeñe de las familias, y por intereses bastardos entran temerariamente al Sacerdocio sin vocacion; entónces, Dios, sucita del seno de las familias humildes y pobres que forman la comunidad de un pueblo, á hombres sin títulos de sangre y de nobleza, para los altos puestos y dignidades.¹ La soberbia de los nobles, entónces queda confundida y la incredulidad avergonzada; la riqueza sin fuerzas ni valor, tiene que caer de rodillas ante un hijo del pueblo, de corazon bueno, recto y justo, que ordena todas las cosas en bien de la humanidad y en honor de la Religion.²

Tal fué la vocacion del Señor Peña para los altos puestos que ocupó en el Sacerdocio.

Hijo de padres pobres, nacido en esta Ciudad de Zamora, abrigado bajo el humilde techo de una casa, que vosotros conoceis,³ y solemnemente bautizado en esta Parroquia el dia 30 de Mayo de 1799, fué destinado como Samuel al servicio en la Casa del Señor.⁴

Habiendo recibido una educacion verdaderamente moral y religiosa, siempre fué temeroso de Dios; y en su trato civil, comedido, atento y

(1) *Vocavit ad se quos voluit Marc. 3. 13.—(2) Qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat, exaltabitur. Luca 14. 11.*

(3) Nació el Señor Peña en una casa ubicada en la calle de Sn. Bernardo, conocida antiguamente por la casa de D. Juan José de la Peña.

(4) En la notaria de este curato de Zamora existe un libro, de pasta morada, papel corriente, del año de 1799, que en el dia 30 de Mayo tiene una partida de Bautismo que á la letra dice:

“Yo el Bachiller José Antonio de la Mora bauticé solemnemente, exorcicé, puse el Santo Oleo y Crisma á un infante de tres dias de nacido, en esta ciudad á quien puse por nombre José Antonio German, hijo legítimo de D. Juan José de la Peña y de Doña María Luisa Navarro. Fueron sus padrinos D. José Antonio Villanueva Molinar y Doña Maria Isabel Verdusco, casados, á quienes advertí su obligacion y parentezco espiritual. Y para que así conste lo firmo de mi puño y letra.”
—José Antonio de la Mora.

respetuoso, no solo con los grandes y superiores, sino con sus inferiores compañeros é iguales: Dios lo habia escogido desde la infancia para que fuera un modelo de virtud, y por lo mismo, fué el predilecto de la familia y el centro del amor de sus honrados progenitores. Jóven todavia, procuró sostener á los que le dieron el ser, y comió el pan con el sudor de su rostro; pero cuando llegó el término de emprender su carrera literaria en el Seminario de Morelia; cuando oyó como los Apóstoles la voz de Jesucristo que en los secretos de su conciencia grababa aquel mandato: *Levántate y sígueme*: entónces como Andres y Pedro dejó las redes y la nave, se levantó como Mateo y sin preguntar, ni ménos procurar el premio temporal, siguió á Jesucristo por el camino que le tenia preparado. Muy pronto divisó el Sr. Peña el premio de sus afanes, ocupando en el Colegio Seminario un lugar distinguido entre sus condiscípulos, y mereciendo la confianza de sus superiores.

Durante su carrera literaria, segun el testimonio de personas fidedignas, el Sr. D. José Antonio de la Peña fué un ejemplo de aplicacion, un modelo de virtud y un espejo en que se reflejaron las virtudes civiles, morales y religiosas. Confirmándose, en este alumno, el buen concepto que de su talento reposado y de la pureza de su corazon, se formaron sus Prelados, Maestros y demás personas que le distinguieron con su aprecio: pues siempre obró todo lo que era bueno, tanto en orden á sus estudios, como en su trato familiar: *Operátus est bonum, et rectum, et verum.*

Celozo de la honra de Dios, no permitió jamás que en su presencia se dijeran palabras ó discursos impíos é irreligiosos. Desde sus primeros años se dió á respetar; y sus condiscípulo-

los y aun sus Preceptores le consideraron como un anciano de juicio, de honradéz y de un corazón lleno del santo temor de Dios. Muy alto pregonan estas bellas cualidades los certificados y demás testimonios que se tuvieron presentes en la informacion dada al actual Sumo Pontífice, el Sr. Pio IX; pero aun cuando no hubiera estos monumentos de su piedad y buenas costumbres, aquí entre vosotros hay, como he dicho, testigos contemporáneos de su infancia y juventud que, tomando las palabras citadas del Paralipomenon, darian públicamente testimonio de la grandeza de aquella alma justificada á la vista de Dios y de los hombres, diciendo: *Operatus est bonum, et rectum et verum in ordine ministerii Domus Domini.*

Sí, Señores, en estos momentos de tan gratos recuerdos, me parece que á la luz de la lámpara del Altar del Templo de S. Francisco, en esta ciudad, veo proyectarse la sombra respetable del jóven José Antonio de la Peña y Navarro. En el silencio profundo, que sobre los sepuleros y en el templo solitario se guarda, me parece, repito, oír los acompasados y graves pasos de aquel modelo de virtud..... ¡Vedle, vedle allí Señores.....! Entre aquellos antiguos altares góticos, á los resplandores agonizantes de aquella lámpara..... favorecido por el silencio de las tumbas..... oculto su rostro, y sus ojos llenos de lágrimas.....! ¡Qué hace...? ¡Por qué llora...? ¡Por qué salen tiernos suspiros del fondo de su alma? ¡Ah queridos hijos de María! ¡Ese jóven que ahí veis, derrite su corazón en dulces coloquios con esa Madre de amor! ¡Viene á ofrecerle en su altar los pensamientos de su alma, los tiernos suspiros de su corazón! ¡Viene á poner bajo su amparo á sus padres y hermanos, á sus amigos y bienhechores, á ene-

migos y pecadores...! ¡Qué modelo de piedad! ¡Qué ejemplo de recogimiento y oración...! Con razon el Señor lo escogió para su Sacerdocio, y para que guiára al pueblo, y ofreciera por él el incienso y el olor suave, y el sacrificio de la mañana en la ley de gracia. *Ipsium elegit ab omni vivente, offerre sacrificium Deo, incensum, et bonum odorem, in memoriam placare pro populo suo.*¹

Al llegar á esta época importantísima de la vida de este insigne Sacerdote de la Iglesia de Jesueristo, quisiera presentar á vuestra consideracion todas aquellas virtudes ó riquezas, que en orden á su destino recogió en el campo del Señor, para hacerse digno ministro del Santuario; pero temo cansar vuestra atencion, y por lo mismo, me dirijo humildemente á vosotros, como en iguales circunstancias se dirigió á su auditorio S. Ambrocio: "Yo os ruego que me concedais y permitais á mi dolor, que pueda estenderme algun tanto en las alabanzas de aquel con quien ya no me es permitido hablar."²

Cuando la Esposa de los Cantares, llorando cuenta á sus compañeras la ausencia del Esposo: "Yo os conjuro, dice, hijas de Salem, que si á mi amado encontrais, le digais, que por los rigores de su separacion, sin fuerzas ya mi espíritu ha quedado." A tan tristes quejas las hijas de Sion contristadas preguntan á la Sulamítis: "¿Quereis decirnos, oh la mas hermosa de todas las mugeres, qué señas tiene vuestro amado?"—Y la Esposa describe y pinta con imágenes vivas las cualidades y gracias del objeto de su amor y de sus lágrimas.³

Hoy, que la Santa Iglesia de Zamora llora sin cesar por la separacion de su Esposo, y que

(1) Eccli. c. 45.—(2) De obit. frat. sui Satyri.—(3) Cant. c. 5.

tiene delante de sus hijos los restos é insignias de su Obispo, quisiera descorrer el velo que cubre tanta grandeza; quisiera detenerme, como se detiene el Aguila en el espacio para escudriñar las selvas; quisiera ver al insigne Sr. Peña en el Curato de Jacona, para admirar su celo, su caridad, abnegacion y demás virtudes que allí resplandecieron durante su administracion espiritual; luego levantar el vuelo y detenerme en el Pueblo de Angamacutiro, y ver aquel Ciudadano Ilustre, amado de todos los hombres que, comprendiendo sus deberes civiles y religiosos, depositaron sus derechos en su Cura Párroco, para que en la 1ª Junta Departamental de Michoacan fueran dignamente representados; por último, salvando distancias y pasando sobre las montañas, ir á recoger los preciosos frutos de mil fatigas en socorrer al pobre, instruir al ignorante, visitar al enfermo, apartar del crimen al incestuoso, libertar á la doncella, y afianzar la paz del matrimonio en aquel dilatado Curato del Pueblo de Dolores Hidalgo. Pero, ¿cómo pintar á vuelo, el magnífico cuadro de cuarenta y nueve años de ministerio, no de un sacerdote mercenario, sino de un Sacerdote fiel y prudente, que ha sacrificado su vida por sus ovejas? Esta empresa de tanta magnitud, por poco que de ella se hable, necesita de un libro, mas bien que de un discurso. Sin embargo, para dar una idea, os diré del Illmo. Sr. Peña lo que el Espíritu Santo dice en el libro del Eclesiástico del Pontífice Simon: fué tan prudente en su gobierno, tan benéfico con los necesitados y tan afable con sus feligreses: que se llevó la gloria y se captó los respetos y los aplausos de los pueblos en que tuvo su morada: "Qui adeptus est gloriam in conversatione gentis."¹

(1) Eccli c. 50 a. 5.

Y si nos detenemos en el tiempo de su gobierno en la Archidiócesis de Michoacan; si le vemos en aquella hermosa Basílica cantando las alabanzas del Dios de Israel; si nos acercamos al confesonario; en fin, si le contemplamos como Obispo *in partibus* de la Iglesia de Drussipara: entónces, Señores, la noble figura del Pontífice de Jerusalem en la ley antigua, se ve cumplida en Jesucristo, y despues del Hijo de Dios, en el Illmo. Señor Peña que, segregado de entre los vivientes, se le confiaron los tesoros de las gracias, y se le facultó para bendecir, como Aaron, solemnemente al pueblo; por lo cual bien puede decirse: "Que como el sol en la mitad de su carrera, así resplandeció en la Iglesia y en el Templo de Dios. Et quasi sol refulgens sic ille effulsit in Templo Dei."¹

Y no os cause asombro, Hermanos míos, que estas alabanzas dictadas por el Espíritu Santo para elogiar á los varones ilustres del Antiguo Testamento, las predique yo de un Obispo ilustre, que acaba de separarse de enmedio de nosotros; porque aunque sé que la Iglesia Santa y Maestra de la verdad, aun no le tributa culto en sus altares; sé muy bien, que su carácter sacerdotal es santo, que su ministerio es divino, y que la jurisdicción episcopal lleva, tambien, el sello de la Santidad; y por lo mismo, merece todos nuestros respetos y nuestros homenajes, como lo asegura S. Gregorio diciendo: "O veneranda Sacerdotum dignitas in quorum manibus velut in útero Virginis, Filius Dei incarnatur."²

Pero, si le considerais como hombre del siglo solamente. ¿Qué habeis visto en él? ¿Aca-

(1) Eccli. 50. 7. — (2) Apud. Gabr. in Cant. lec. 40 et 46.

so una caña debil, agitada por el viento? ¿Es por ventura, algun sabio que abuse de sus conocimientos para oprimir al débil, ó es algun abogado traficante con los derechos del hombre? ¿Le visteis algun dia que faltara á la justicia reconocida y que no dijera la verdad en su corazon . . . ? ¿Quién, Señores, podrá justamente quejarse de él, ó por falso, ó por perjurio, ó porque haya prestado con interés y usura su dinero? No hay, ciertamente, quien pueda arrojar sobre la memoria de este hombre, el escarnio y la deshonra; pues obró siempre el bien y fué recto y justo: "Operatus est bonum, et rectum, et justum, et prosperatus est."

Del testimonio de los hombres que conocieron y trataron al Dignísimo Prelado, bien puede inferirse el destino y fin, que le ha tocado ya en la eternidad. El Profeta Rey en su Salmo XIV, hace el retrato de los hombres que, por sus buenas obras, han de ocupar un asiento en el Tabernáculo Celestial;¹ y si nos detenemos comparando las imágenes, encontraremos la fiel semejanza entre aquella trazada por David, y la del Varon Ilustre sobre cuya tumba lloramos.

Dad, Señores, una mirada sobre esas pági-

(1) *¿Domini, quis habitabil in tabernáculo tuo: aut quis requiescit in monte sancto tuo?*

—El que sigue sin mancha su camino, y se presenta limpio, puro y casto; el que cumple con todo lo que debe á las obligaciones de su estado. El que con corazon puro y sincero dice siempre la verdad, siempre es exacto, y cuya lengua dulce y apacible jamás trata á los otros con engaño. El que sirve á sus prójimos con celo, y que lejos de hacerles ningun daño, ni siquiera permite en su presencia, que se hable de su honor con desacato. El que vé á los inicuos como nada, aunque el mundo los ponga en lugar alto, pero que estima á los que á Dios respetan, y por su santo amor quieren ser santos. El que guarda constante su palabra, el que no admite tratos usurarios, y en fin, el que jamás por el dinero ha querido oprimir á sus hermanos.—Salmo XIV.

nas de oro, y en ellas hallareis la verdad de mi acerto y el diseño perfecto del Pastor que os he propuesto como un modelo de virtud. Entre tanto, yo os ruego me concedais otros momentos para concluir.

"Las virtudes mas propias de los Prelados son, dice Cornelio Alápide, la pureza y santidad de la vida, la prudencia en su reinado, la diligencia en el obrar, la rectitud en hacer justicia, y la ciencia para dirigir y enseñar." Examinemos estas bellas cualidades.

¿Quién de vosotros ignora las hermosas virtudes que adornaron aquella alma purificada y santa? Ahí en esos altares ofreció el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Y, ¿cómo le ofrecia? Lleno de pureza, despues de haber recibido el agua de la penitencia, que lava los pecados y fortifica el espíritu; despues de haber tenido una meditacion prolija; despues de haber gemido á los piés de su confesor, y de edificar con su humildad y recogimiento á todos los fieles que le seguian en el santo templo. No hubo un solo dia que el sacrificio ofrecido por su pueblo no fuera consumido con el fuego del amor divino. "Sacrificia ipsius consumpta sunt igne quotidie."¹

La prudencia unida á una caridad intensa siempre fué la luz en todo su gobierno; y de estas refulgentes virtudes no solamente los seculares pueden dar testimonio, ya por los innumerables delitos que corrigió en privado, ya por los arreglos de conciencia y por la paz que siempre estableció en los litigantes; tambien vosotros, Venerables Sacerdotes, sois testigos de aquella nobleza de corazon, de aquella caridad ardiente, de aquella paciencia y

(1) Eccli. 45. 17.